
This is the **published version** of the bachelor thesis:

Toledo Cuesta, Sandra; Ferrús Antón, Beatriz, dir. Diario de a bordo : la ficcionalización del Nuevo Mundo. 2014. 32 pag. (808 Grau en Llengua i Literatura Espanyoles)

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/119329>

under the terms of the  license

DIARIO DE A BORDO:
LA FICCIONALIZACIÓN DEL NUEVO MUNDO

SANDRA TOLEDO CUESTA

Trabajo de final de grado tutorizado por Beatriz Ferrús

Universidad Autónoma de Barcelona

Grado de Lengua y literatura españolas

Curso 2013 – 2014

ÍNDICE

1.- INTRODUCCIÓN.....	3
2.- ESTADO DE LA CUESTIÓN.....	4
3.- LA FICCIONALIZACIÓN DEL NUEVO MUNDO.....	7
3.1.- Los textos.....	7
3.2.- Cristóbal Colón.....	8
3.3.- La naturaleza.....	11
3.4.- El otro.....	15
3.5.- Mitos y leyendas.....	19
4.- CONCLUSIONES.....	23
5.- BIBLIOGRAFIA.....	25

ANEXOS

Anexo 1 – Cristóbal Colón

Anexo 2 – La naturaleza

Anexo 3 – El otro

Anexo 4 – Mitos y leyendas

1.- INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene como centro de estudio el análisis de los textos más relevantes de Cristóbal Colón en relación a la conquista del Nuevo Mundo; no obstante, se prestará especial atención al *Diario* del primer viaje, puesto que en él tiene lugar el primer contacto con la realidad americana y, por tanto, se extiende más en la descripción de los distintos aspectos que conforman el espacio descubierto. Así pues, el objetivo de este ensayo es analizar, por una parte, el tratamiento de distintos aspectos temáticos, concretamente, la figura del propio almirante, la naturaleza, el otro y los mitos y leyendas más representativos en el discurso colombino; por otra, cómo se ficcionalizan cada uno de estos aspectos y, finalmente, observar la posible evolución de estos elementos a lo largo de los cuatro viajes que realizó Colón.

De este modo, como se podrá comprobar a continuación, las Crónicas de Indias y, en concreto, el discurso colombino, tratan de ficcionalizar el continente americano, es decir, se literaturiza una idea de lo americano. Así, en ese proceso de ficcionalización acaban confundándose historia y ficción, como apunta José Miguel Oviedo:

Abrumado por lo que sus ojos contemplan, Colón prefiere verlo o reenfocarlo con los ojos de su imaginación y su cultura; cuando una realidad no puede ser comprendida racionalmente, la adapta y la deforma hasta que se parezca a algo familiar, y este proceso lo pone más cerca de la literatura que de la historia: la realidad es un estímulo que despierta (o hipnotiza) los sentidos, el recuerdo y la fantasía¹.

Por tanto, Colón reescribe una experiencia real desde la ficción literaria a la vez que lleva a cabo la inauguración de un nuevo referente. Por este motivo, recurre a su modelo imaginario previo y, por consiguiente, su discurso se llena de apelaciones sistemáticas a imágenes míticas, caballerescas y bíblicas. De esta manera, son muchos los autores que han afirmado en sus respectivos trabajos la idea de que el almirante no descubre nada, sino que verifica y ficcionaliza:

En sus diarios y cartas, el Almirante afirma descubrir cuando verifica, pretende develar cuando encubre, y describir cuando inventa. Dentro de unas coordenadas que determinan la función ficcionalizadora del discurso centrada en la necesidad personal y social que tiene el narrador de identificar América con sus modelos previos, por una parte, y de caracterizarla en función de las necesidades y expectativas del mercado europeo, por otra, Cristóbal Colón utiliza unas técnicas de descripción y caracterización

¹ OVIEDO, José Miguel (2003): *Historia de la literatura hispanoamericana. I. De los orígenes a la Emancipación*, Madrid: Alianza, p. 84.

cuyo resultado es la sustitución de la realidad americana por una ficción que expresa los sueños de realización personal y económica del Almirante².

A lo largo de este trabajo, por tanto, se comprobará hasta qué punto se ajusta la realidad americana con las descripciones que ofrece Colón a su interlocutor y si es posible advertir una evolución en la ficcionalización que realiza del Nuevo Mundo a lo largo de los distintos viajes. De este modo, no es objeto de estudio la verificación de los modelos literarios a los que recurre el almirante para describir el referente americano, sino el análisis del tratamiento de los aspectos temáticos más relevantes a lo largo del discurso colombino.

2.- ESTADO DE LA CUESTIÓN

El estudio de los distintos aspectos temáticos que pueden observarse en el *Diario de a bordo* y en las relaciones y cartas de los tres últimos viajes de Colón ha sido recogido por distintos autores anteriormente.

Así pues, en el ensayo de Beatriz Pastor, titulado *Discurso narrativo de la conquista de América* es posible hallar uno de los análisis más exhaustivos en relación con el *Diario*, ya que trata los temas relacionados con la naturaleza, la relación con el otro, la actitud del almirante a lo largo de los cuatro viajes realizados, así como las fuentes principales que conforman el imaginario de Colón. Además, al introducir los conceptos de «discurso mitificador» y «discurso del fracaso» se presenta como un texto que trata la evolución que se advierte en cada uno de los temas tratados; por este motivo, el presente trabajo se considera relativamente afín a las cuestiones planteadas por la autora.

Por lo que respecta al tema del otro, el estudio realizado por Tzvetan Todorov, esto es, *La conquista de América: el problema del otro*, se considera fundamental, puesto que analiza las relaciones de alteridad que se establecen en el discurso colombino y la visión que transmite Colón en relación a los hombres y las mujeres del Nuevo Mundo.

El tema de los elementos mitológicos y legendarios que es posible encontrar a lo largo de los escritos de Colón está tratado de forma exhaustiva por el estudioso Juan Gil y su obra *Mitos y utopías del descubrimiento. I. Colón y su tiempo*. En su trabajo, pues, trata

² PASTOR, Beatriz (1983): *Discurso narrativo de la conquista de América*, Ciudad de la Habana: Casa de las Américas, pp. 105-106.

todos los elementos fantásticos, es decir, regiones míticas y seres fantásticos, principalmente, y los contrasta con las posibles fuentes en que pudo basarse el almirante.

Finalmente, Mercedes Serna en la «Introducción» a las *Crónicas de Indias* y José Miguel Oviedo en su *Historia de la literatura hispanoamericana I*, ofrecen una panorámica general de todos los rasgos que presenta el discurso colombino, haciendo hincapié en aquellos aspectos que más lo caracterizan.

No obstante, debe tenerse en cuenta que la principal polémica que se observa en la bibliografía está relacionada con las fuentes que construyen el modelo imaginario de Colón y que, por tanto, se reflejan en los distintos motivos tratados por el conquistador a lo largo de su expedición en las tierras de América. Así pues, Mercedes Serna apunta que:

Colón, a lo largo de los años, tuvo que recoger todo tipo de pruebas, desde los testimonios de expertos hasta los de anónimos marineros, e informarse muy bien para poder convencer «científicamente» a los posibles financiadores, a los sabios y a la comisión de expertos sobre su empresa de la Indias [...] Colón leyó escritos de viajeros y cosmógrafos, obras bíblicas, teológicas y filosóficas, con la pasión de una mentalidad medieval que encuentra en la letra impresa confirmaciones proféticas, avisos del porvenir³.

De este modo, señala como fuentes principales el *Imago Mundi* de Pierre d'Ailly, la *Historia rerum ubique gestarum* de Eneas Silvio, Plutarco y sus *Vidas paralelas*, Ptolomeo y su *Geografía* y Plinio y su *Historia natural*; además, afirma que Colón leyó una versión en latín de 1485 del libro de Marco Polo, idea que no todos los autores apoyan. Añade también esta autora que tienen cabida en los textos colombinos «motivos procedentes del vulgo. A las fantasías de John Mandeville, se unen las informaciones de carácter popular o anónimo, de marineros o vecinos⁴».

Todorov, por su parte, también destaca los textos de Marco Polo y Pierre d'Ailly, puesto que afirma que cuando Colón pide información a sus intérpretes «lo que "oye", pues, es sencillamente un resumen de los libros de Marco Polo y de Pedro de Ailly⁵».

Beatriz Pastor considera que cuatro son los textos fundamentales que organizan la percepción de Colón sobre el Nuevo Mundo: el *Imago Mundi* de Pierre d'Ailly, la

³ SERNA, Mercedes (ed.) (2009): *Crónicas de Indias*, Madrid: Cátedra, p. 37.

⁴ *Ibíd.*, p. 34.

⁵ TODOROV, Tzvetan (1992): *La conquista de América. El problema del otro*, México: Siglo XXI, p. 39.

Historia natural de Plinio, la *Historia rerum ubique gestarum* de Eneas Silvio y, finalmente, una versión latina de 1485 del libro de los *Viajes* de Marco Polo. De hecho, sostiene la idea de que:

Lo que hizo del relato de Marco Polo un caso especial fue la excepcional combinación de una gran cantidad de información con una extraordinaria exuberancia descriptiva. [...] Marco Polo relata, se asombra y maravilla, pero no se pierde. Por debajo de su fascinación, sigue siempre alerta la actitud analítica y pragmática del comerciante y mercader –actitud de la que encontraremos numerosos ejemplos en el propio Colón⁶.

Por último, José Miguel Oviedo también se muestra afín a las ideas relacionadas con las fuentes de Colón que sostienen los autores anteriores. En su caso, destaca la importancia de los textos bíblicos y de los viajes de Marco Polo:

Lo interesante es advertir que las virtudes descriptivas de Colón eran, a pesar suyo, menos grandes que las imaginativas, y que a la América que *ve*, incorpora constantemente la cosmogonía y los paisajes exóticos que conocía como lector del *Libro de las profecías* de la Biblia y los *Viajes* de Marco Polo; sabemos que el descubridor trajo estos textos en sus viajes y conocemos sus anotaciones al segundo⁷.

Así pues, el autor que polemiza con las ideas expuestas hasta el momento es Juan Gil, puesto que sostiene que las referencias a Plinio son escasas, ya que «en el Diario del primer viaje solo se encuentra una vaguísima alusión a Plinio, que bien cabe considerar añadido posterior por su misma excepcionalidad⁸», y que Colón no había leído los *Viajes* de Marco Polo antes de realizar el primer viaje:

El Almirante maneja en esta primera relación la toponimia de Marco Polo, pero siempre a cuentagotas y por aproximación, sin entrar en mayores profundidades. [...] El diario del primer viaje, en suma, no delata conocimiento directo de Marco Polo. En realidad, conocemos hasta el año exacto en que el libro del veneciano llegó a poder del Almirante: la entrega tuvo lugar precisamente en 1497⁹.

Por tanto, según Gil:

La biblioteca de Colón, en definitiva, se formó muy tardíamente, cuando sobre el almirante descargó un chaparrón de críticas que lo acusaban de no haber llegado todavía a la India según lo capitulado en 1492. Entonces fue cuando, aprisa y corriendo, el genovés tuvo que improvisar su argumentación erudita, haciendo acopio de libros que

⁶ PASTOR, Beatriz, *Op. cit.*, pp. 28 y 30.

⁷ OVIEDO, José Miguel, *Op. cit.*, p. 83.

⁸ GIL, Juan ed. de Marco Polo (1987): *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón*, Madrid: Alianza, p. vii.

⁹ *Ibíd.*, pp. vii-viii.

podían avalar sus logros, muy hazañosos, sí, pero nada rentable a decir verdad en 1497¹⁰.

Por todo, en el presente trabajo se seguirán las ideas de todos estos autores en relación a la idea de que Colón no llevó a cabo una descripción objetiva de la realidad americana, sino que, teniendo en cuenta toda una serie de modelos literarios previos, deformó esa realidad y la ficcionalizó sistemáticamente a lo largo de los cuatro viajes realizados al Nuevo Mundo. Así pues, sobre las fuentes que pudo haber utilizado para construir las distintas imágenes no se ha llevado a cabo ningún estudio en la realización del presente trabajo, puesto que ese no es el objeto de estudio.

3.- LA FICCIONALIZACIÓN DEL NUEVO MUNDO

3.1.- Los textos

Antes de llevar a cabo el análisis de los aspectos temáticos más relevantes que están presentes en el discurso de Cristóbal Colón, debe tenerse en cuenta que el texto original del *Diario de a bordo* escrito por el propio almirante se ha perdido. De hecho, del *Diario* existen dos copias: por un lado, la transcripción que realizó Bartolomé de Las Casas y la que su hijo, Hernando Colón, incluyó en el texto *Vida del Almirante*; sin embargo, parece ser que ninguna de ellas partió del manuscrito de Colón, sino de una copia fechada, posiblemente, en 1493 que tampoco se ha conservado¹¹. El relato sobre el primer viaje pudo haberlo escrito cuando regresaba a la Península, esto es, a mediados de febrero de 1493, y es lo que se ha denominado *Carta a Santángel*.

Mercedes Serna también apunta que se perdieron, además del *Diario*, unos *Comentarios* a los que aluden en ocasiones Colón y su hijo Hernando. No obstante, se han podido conservar unas cartas dirigidas al tesorero Sánchez y a su hijo Diego.

Por lo que respecta a la relación del segundo viaje, tampoco se ha conservado, pero existe una relación que «escribió en latín el humanista Pedro Mártir de Anglería, sólo de oídas, y es paralela al testimonio del médico sevillano Diego Álvarez Chanca, quien acompañó a Colón¹²». Sobre este viaje hay un memorial, que es el que se ha utilizado para el análisis de los distintos aspectos que se tratarán a continuación en el presente

¹⁰ *Ibíd*, p. x.

¹¹ SERNA, Mercedes, *Op. cit.*, p. 37.

¹² *Ibíd*, p. 36.

trabajo; se trata del «Memorial que para los Reyes Católicos dio el Almirante Don Cristóbal Colón en la ciudad de Isabela, a 30 de Enero de 1494 a Antonio Torres, sobre el suceso de su segundo viaje a la Indias, y al final de cada capítulo, la respuesta de sus Altezas¹³».

La relación del tercer viaje, que iba dirigida a los Reyes Católicos, también se debe a una transcripción realizada por Bartolomé de Las Casas. Se trata, en concreto, de «La historia del viaje qu'el Almirante Don Cristóval Colón hizo la terçera vez que vino a las Indias cuando descubrió la tierra firme, como enbió a los Reyes desde la isla Española¹⁴».

Finalmente, la relación del cuarto viaje fue dictada por Colón a su hijo Hernando. Sin embargo, existe «una relación escrita por Diego de Méndez en su testamento, sobre algunos acontecimientos vividos junto a Colón¹⁵». Así, la denominada *Carta de Jamaica*, fechada el 7 de julio de 1503, fue impresa también posteriormente bajo el título de *Lettera rarissima*. Esta es, por tanto:

Carta que escribió Don Cristóbal Colón, Virrey y Almirante de las Indias, a los Cristianísimos y muy poderosos Rey y reina de España, Nuestros Señores, en que les notifica cuanto le ha acontecido en su viaje; y las tierras, provincias, ciudades, ríos y otras cosas maravillosas, y donde hay minas de oro en mucha cantidad, y otras cosas de gran riqueza y valor¹⁶.

3.2.- Cristóbal Colón

Los escritos de Colón muestran una gran complejidad, ya que en ellos se cruzan distintas razones de escritura. Por una parte, siente la obligación de escribirlos para informar a su interlocutor, esto es, a los Reyes Católicos, y así poder legitimar su proyecto; por otra parte, como navegante construye una especie de mapa que acaba derivando en diario personal y, finalmente, tiene la necesidad de poner en orden su experiencia. Así, tuvo la oportunidad de tomar posesión de un espacio y de insertarlo en la historia a través de su discurso. Es por ello que la palabra adquiere a lo largo de la

¹³ COLÓN, Cristóbal (1986): *Los cuatro viajes. Testamento*, ed. de Consuelo Varela, Madrid: Alianza, p. 205. En adelante seguiré esta edición.

¹⁴ *Ibíd*, p. 225.

¹⁵ SERNA, Mercedes, *Op. cit.*, p. 37.

¹⁶ COLÓN, Cristóbal (2002): *Diario de a bordo*, Madrid: Arlanza, p. 145.

conquista un gran protagonismo y se acompaña por todo un despliegue simbólico de rituales performativos que se van describiendo a lo largo del *Diario*.

No obstante, del mismo modo que es posible advertir una evolución de aquellos aspectos que más llaman la atención al conquistador, es decir, la naturaleza y el otro, también se observa en la psicología del propio Colón.

En el primer viaje, por tanto, se halla lo que Beatriz Pastor denomina el «discurso mitificador, que se define por una concepción del mundo y unos modos de representación que resultan en la creación de una serie de mitos y modelos que muy poco tienen que ver con la realidad concreta que pretenden relatar y revelar¹⁷». Así, Colón muestra un tono de optimismo y de triunfalismo al sentirse guiado y elegido por Dios. Por tanto, Dios se convierte en el verdadero inspirador del viaje y se considera a sí mismo un instrumento divino¹⁸:

El concepto mesiánico que tenía Colón de su empresa, la visión de sí mismo como elegido de Dios, llamado desde la eternidad a cumplir un destino glorioso, se completaba en el personaje con una visión bastante clara de los aspectos estrictamente económicos y empresariales de su misión, así como de los beneficios de orden material que debía esperar de la realización de su destino¹⁹.

Movido, además, por un interés comercial, su prioridad en este primer viaje era la búsqueda de oro, piedras preciosas y especias en abundancia, lo cual determina la trayectoria de exploración del Nuevo Mundo. Por todo, en ese primer contacto con la realidad americana Colón se siente asombrado y maravillado por todo aquello que le rodea, especialmente por los fenómenos naturales.

En el segundo viaje ya se observa una pequeña evolución en la actitud y en el tono del almirante. El tono triunfalista se torna dubitativo y temeroso, ya que empieza a tomar conciencia del descrédito que está adquiriendo en España. De este modo, su obsesión se centra en hallar el oro prometido, aunque el esfuerzo que pone en ello no resulta suficiente para corroborar la validez de sus identificaciones. Así, presionado por encontrar su botín, se aferra de nuevo a sus modelos imaginarios y, por consiguiente, manipula e interpreta los gestos y las indicaciones de los indígenas con la finalidad de poder adecuar la realidad a su propósito.

¹⁷ PASTOR, Beatriz, *Op. cit.*, p. 10.

¹⁸ Véase anexo 1.

¹⁹ PASTOR, Beatriz, *Op. cit.*, p. 84.

Por todos estos motivos, los escritos que hacen referencia a este segundo viaje se caracterizan por la vacilación, la ambigüedad y la vaguedad y, además, «la seguridad que tiene Colón de contar con el apoyo divino se expresa en las continuas referencias a una misericordia que debe resolver todos los problemas, sinsabores y decepciones de la nueva experiencia descubridora²⁰».

De este modo, es posible conocer al personaje desde otra perspectiva, siendo ya no tanto el elegido de Dios, sino alguien que ha fracasado y que se siente desamparado²¹.

Por lo que respecta al tercer viaje, vuelve un cierto aire de optimismo y una exaltación de su religiosidad, ya que llega a afirmar que «La Sancta Trinidad movió a Vuestras Altezas a esta empresa de las Indias y por su infinita bondad hizo a mí mensajero d'ello» (p. 225). De hecho, reafirma su condición de elegido de Dios en más de una ocasión. Sin embargo, vuelve a encontrarse ante fenómenos inexplicables que difícilmente puede ignorar; en este caso, acaba derivando en un «magnífico ejemplo de literatura fantástica²²». Por este motivo, Mercedes Serna considera el tercer viaje el más fantasioso, puesto que también tiene lugar en él una revelación acerca de la forma de la tierra, esto es, «Colón conjetura que la tierra no tiene forma esférica, sino de pera o teta de mujer en cuyo pezón está la región de Paria. En ese pezón se encuentra el paraíso terrenal con las fuentes originarias del Tigris, el Éufrates, el Ganges y el Nilo²³».

En este tercer viaje tiene lugar la introducción de la presencia del cuerpo marcado por el cansancio, la fatiga y el desamparo que encuentra a lo largo de su experiencia en el Nuevo Mundo, un mundo que empieza a ser notablemente hostil y adverso.

Finalmente, en el cuarto y último viaje, en la búsqueda del estrecho que le permitiría pasar de un océano a otro lleva a cabo las últimas identificaciones erróneas, puesto que sigue aplicando sus modelos imaginarios previos. Así pues, a través de una visión entre angélica y delirante tiene lugar la inclusión de lo que Beatriz Pastor denomina el «discurso del fracaso²⁴», sobre todo por lo que respecta a la relación entre la naturaleza bárbara y el propio Colón. De esta manera, se anuncia toda una problemática que gira en torno al desengaño del conquistador, un desengaño que se plasma en un sufrimiento

²⁰ *Ibíd*, p. 44.

²¹ Véase anexo 1.

²² PASTOR, Beatriz, *Op. cit.*, p. 57.

²³ SERNA, Mercedes, *Op. cit.*, p. 47.

²⁴ PASTOR, Beatriz, *Op. cit.*, p. 267.

tanto físico como moral²⁵. El almirante confiesa, pues, que se siente «aislado en esta pena, enfermo, aguardando cada día por la muerte y cercado de un cuento de salvajes y llenos de crueldad y enemigos nuestros [...] porque estaba ya la esperanza de todo en ello muerta» (p. 296).

Como se ha observado, hay una evolución en el autorretrato que el *yo* construye y que va desde el hombre que triunfa, que se maravilla ante todo y que se siente protegido por Dios hasta el hombre que sufre, se queja y llora desde la angustia y el infortunio, es decir, Colón creía en un primer momento que estaba en el Paraíso, pero más adelante, a medida que se va encontrando con hostilidades, esa imagen paradisíaca se acaba transformando en una imagen infernal y, por consiguiente, cambia su percepción de la naturaleza y del hombre como se desarrollará a continuación.

No obstante, hay que tener presente que hay un rasgo en Colón que parece mantenerse estático a lo largo de todo su discurso, esto es, una mentalidad medievalista que lo aleja del espíritu propiamente renacentista como consecuencia, según Todorov, de la estrategia finalista que sigue el almirante:

Colón practica una estrategia «finalista» de la interpretación, al modo en que los Padres de la iglesia interpretaban la Biblia: el sentido final está dado desde un principio (es la doctrina cristiana); lo que se busca es el camino que une el sentido inicial (la significación aparente de las palabras del texto bíblico) con este sentido último. Colón no tiene nada de empirista moderno: el argumento decisivo es un argumento de autoridad, no de experiencia²⁶.

3.3.- La naturaleza

En el *Diario* se observa cómo Cristóbal Colón va construyendo imágenes bajo una aparente forma desinteresada, sin embargo, estas imágenes acaban siendo sobrecargadas de subjetividad y de ficción, esto es, no se ajustan a la realidad por dos motivos fundamentalmente: por el interés mercantil que subyace a la empresa de la conquista y por la constante proyección de sus modelos imaginarios. Todo esto es lo que conduce a Beatriz Pastor a afirmar que el recurso que predomina en los escritos colombinos es el de la «verificación descriptiva»:

La sustitución de un proceso de aprehensión objetiva de la realidad americana por otro de identificación del Nuevo Mundo con modelos literarios previos se expresa, dentro de

²⁵ Véase anexo 1.

²⁶ TODOROV, Tzvetan, *Op. cit.*, p. 26.

los textos que integran el discurso colombino, en una serie de rasgos que organizan los modos de descripción y caracterización de dicho discurso. Se trata fundamentalmente de la «verificación descriptiva» como modo de caracterización, modo inseparable de un proceso de selección de datos cuya consecuencia lógica e inevitable será la distorsión de la realidad por eliminación de toda una serie de aspectos concretos. La realidad que emerge de las descripciones que ofrecen los textos de este discurso es una realidad que aparece simultáneamente ficcionalizada por identificación y mutilada por reducción²⁷.

De este modo, el referente que aparece descrito en su discurso no se corresponde con la realidad, por lo que es lícito afirmar que Colón no descubre la realidad americana, sino que la verifica y la ficcionaliza.

Por lo que respecta a la naturaleza, cabe destacar el hecho de que en las descripciones destaca de forma sistemática la hipérbole de la magnitud. Por ello, todas las tierras que se va encontrando se convierten en «la cosa más hermosa de ver que otra que se haya visto» (p. 72), ya que «todo era tan hermoso, que no podía cansar los ojos de ver tanta lindeza» (p. 88).

Así pues, en un primer momento, esto es, en el primer viaje, recurre constantemente a rasgos característicos del tópico literario del *locus amoenus* para elaborar las imágenes de los elementos de la naturaleza (el aire, el agua, la vegetación y la fauna). El aire lo describe principalmente haciendo alusión a su suavidad y calidez y comparándolo con los aires de Castilla en el mes de abril; el agua destaca por ser abundante y cristalina; de la vegetación resalta su exuberancia, por lo que suelen aparecer retratadas grandes arboledas, árboles llenos de fruta y hierbas floridas; finalmente, a todos estos elementos descritos cabe añadir la alusión a animales exóticos y a los cantos de los pájaros que acaban de amenizar el paisaje²⁸. Por todo, no es de extrañar que el 27 de noviembre escribiera: «[...] Andando por ella fue cosa maravillosa, y las arboledas y frescuras y el agua claríssima y las aves y amenidad, que dize le parecía que no quisiera salir de allí» (p. 109).

En el discurso que conforma el primer viaje, por tanto, abundan las enumeraciones de carácter aumentativo e idealizado, condicionadas por el interés económico y las calificaciones constantes y sistemáticas que fijan una serie de cualidades a los distintos elementos naturales del Nuevo Mundo. Según Todorov, la observación de la naturaleza conduce en tres direcciones distintas:

²⁷ *Ibíd.*, pp. 60-61.

²⁸ Véase anexo 2.

A la interpretación puramente pragmática y eficaz, cuando se trata de asuntos de navegación; a la interpretación finalista, en la que los signos confirman las creencias y las esperanzas que uno tiene, para toda otra materia; por último, a ese rechazo de la interpretación que es la admiración intransitiva, la sumisión absoluta a la belleza, en la que uno ama un árbol porque es bello, porque *es*, no porque podrá utilizarlo como mástil de una nave o porque su presencia promete riquezas²⁹.

En este sentido, pues, no hay un gran despliegue de recursos estilísticos para llevar a cabo las descripciones, sino una monotonía descriptiva. Así, en el *Diario* se trabaja y se ficcionaliza el referente americano dando importancia al objeto, no al criterio estricto de la estética.

Por otro lado, también destacan las alusiones al oro, a las piedras preciosas y a las especias, que también forman parte de esa exuberante naturaleza. De hecho, estos elementos funcionan «como ejes centrales de todo el proceso de verificación³⁰», según Beatriz Pastor, ya que la confirmación de la existencia de estos bienes suponía para Colón la validación de la conquista ante sus interlocutores, esto es, los Reyes Católicos. No obstante, únicamente afirma ver oro en los collares o pendientes de los indígenas, ya que el resto de ocasiones en que hace mención a estos materiales se reducen a indicios como se observa, por ejemplo, en la entrada del 15 de octubre del *Diario*: «[...] para pasar a estotra isla, la cual es grandíssima, y adonde todos estos hombres que yo traigo de la de San Salvador hazen señas que ay muy mucho oro, y que lo traen en los braços en manillas y a las piernas y a las orejas y al nariz y al pescueço» (p. 68).

Finalmente, en este primer viaje destacan, por un lado, las comparaciones con referencias a la geografía peninsular, ya que Colón figura lo americano contrastándolo continuamente con elementos conocidos por su interlocutor, y, por otro, los actos de «bautismo» que lleva a cabo para apoderarse de las islas y de las tierras que se va encontrando. Un ejemplo en el que se combinan estos dos elementos se halla en la entrada del 15 de diciembre: «[...] puso nombre al valle Valle del Paraíso, y al río Guadalquivir, porque diz que así viene tan grande como Guadalquivir por Córdoba, y a las veras o riberas d'él, playa de piedras muy hermosas y todo andable» (p. 129).

De hecho, se observa a lo largo del primer viaje que las ceremonias de nominación estaban dotadas de una gran importancia para Colón, ya que lo legitimaban como

²⁹ TODOROV, Tzvetan, *Op. cit.*, p. 33.

³⁰ PASTOR, Beatriz, *Op. cit.*, p. 66.

conquistador y se consolidaba la posesión de esas tierras recién descubiertas para que formasen parte del reino de España. Como afirma Todorov:

Colón, entonces, sabe perfectamente que esas islas ya tienen nombres, naturales en cierta forma (pero en otra acepción del término); sin embargo, las palabras de los demás le interesan poco y quiere volver a nombrar los lugares en función del sitio que ocupan en su descubrimiento, darles nombres *justos*; además, el dar nombres equivale a una toma de posesión³¹.

De esta manera, con todo el despliegue performativo que se creaba alrededor de la conquista los espacios van quedando marcados por un poder religioso y político.

Por otra parte, del mismo modo que se ha podido apreciar una evolución psicológica del conquistador, también es posible observarla en el tratamiento de la naturaleza. Es decir, a lo largo de los cuatro viajes Colón pasa de describir un *locus amoenus* a un *locus eremus*. Esto sucede, sobre todo, a medida que se va encontrando con hostilidades y, posiblemente, ante el fracaso de no hallar aquello que buscaba.

Así pues, los exóticos animales se convierten en bestias magras y flacas; las fértiles y exuberantes tierras, en secas y estériles; los cielos se cubren de una neblina tan espesa que la podían cortar con cuchillo; el viento los desampara en sus trayectos y las tormentas y diluvios no cesan, el calor se torna excesivo y desordenado y la mar «fecha sangre, herviendo como caldera por gran fuego» (p. 284). De hecho, eran tantas las contrariedades que, según el conquistador, «la gente estaba ya tan molida, que desseavan la muerte para salir de tantos martirios»³² (p. 285).

Como se puede apreciar, pues, Colón ya no trata de dibujar imágenes idealizadas, amenas e incluso paradisíacas como en el primer viaje, sino que en los tres últimos viajes las hipérboles se ponen al servicio de descripciones propias de un paisaje monstruoso e infernal en el que el cuerpo adquiere un mayor protagonismo, sin embargo, es un cuerpo que sufre y que acaba marcado por el medio que le rodea, como ya se ha comprobado en el apartado anterior. Por tanto, los últimos viajes de Colón quedan marcados por el discurso narrativo del fracaso, ya que en ellos se anuncia el tema de «la derrota del hombre por la naturaleza y su impotencia total ante ella³³».

³¹ TODOROV, Tzvetan, *Op. cit.*, p. 35.

³² Véase anexo 2.

³³ PASTOR, Beatriz, *Op. cit.*, p. 267.

3.4.- El otro

La relación entre Cristóbal Colón y el otro es, probablemente, la más compleja que se observa a lo largo de su discurso narrativo. De este modo, en este epígrafe es preciso hablar de la evolución del otro en dos sentidos: por un lado, se aprecia una evolución del buen salvaje al salvaje, y por otro, de la visión del otro como un elemento más de la naturaleza a la del otro como un elemento material, esto es, un esclavo. No obstante, también se destacará el hecho de que el conquistador concebía las tierras descubiertas como un espacio en el que llevar a cabo la evangelización, motivo que también condicionó la imagen del indígena a lo largo de sus discursos.

En un primer momento, pues, es posible encontrar en el discurso colombino la descripción del indígena como un elemento más que forma parte del paisaje y de la naturaleza. No obstante, lleva a cabo una caracterización del otro por defecto, esto es, se describe por aquello que no tiene. Así, se destaca la ausencia de ropa, ya que tanto los hombres como las mujeres andaban desnudos; la ausencia de armas, de ley y de religión, es decir, según Colón «era gente muy pobre de todo» (p. 62). Por tanto, es evidente que se centra en aquellos aspectos que permite despojarlos de toda propiedad cultural y, por consiguiente, toma como base de sus descripciones el binomio civilización-barbarie. Este tipo de caracterización es el motivo por el que Beatriz Pastor afirma que:

El referente principal de la caracterización es de nuevo Marco Polo. Al revés de los habitantes descritos por él, los indígenas del Caribe no iban vestidos, no eran ricos, no poseían armas y no eran comerciantes. Colón los caracterizará como «pobres», «desnudos», «sin armas» y «sin comercio», reduciéndolos, por inversión, a los términos del modelo descriptivo establecido por Marco Polo y asimilado por él³⁴.

Sin embargo, también es posible hallar descripciones físicas y morales de los indígenas. En este sentido, pues, físicamente los describe como mancebos, ya que afirma que no vio ninguno mayor de treinta años, «muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras» (p. 62) y moralmente destaca que son generosos, buenos servidores, de buen ingenio y de muy buen entender, muy mansos y temerosos y con una gran memoria³⁵. Por todo, concluye en más de una ocasión que son «la mejor gente del

³⁴ *Ibíd*, p. 68.

³⁵ Véase anexo 3.

mundo» (p. 130) y «gente de amor y son cudiçia» (p. 151). Así, construye la imagen mítica del buen salvaje.

En los tres últimos viajes esa concepción del otro se transforma, del mismo modo que ocurre con la percepción de la naturaleza, y ese buen salvaje descrito a lo largo de su primer viaje pasa a ser un salvaje, por lo que lo demoniza y resalta lo negativo y lo distinto siguiendo tópicos de esa cultura. Así, la gente que antes describía por su bondad y su generosidad, se torna belicosa, fiera, rústica y ladrona, por lo que les impone crueles castigos, «los mismos que se usaban entonces en España³⁶», según Todorov. Describe cómo un grupo de indígenas los atacan con armas, arcos y flechas; se queja también de que «non ay lengua por medio de la cual a esta gente se pueda dar a entender nuestra fe» (p. 212) y se los intenta retratar como seres inhumanos haciendo alusión a «aquella inhumana costumbre que tienen de comer ombres» (p. 212).

De esta manera, la mezcla de estas dos visiones que el conquistador tiene del otro, lo conducen a concebirlo como bestia y, más adelante, como objeto viviente y esclavo. Ya en el primer viaje, se pueden observar las primeras asociaciones entre los hombres y los animales, es decir, los primeros signos de eliminación del componente humano y de bestialidad atribuidos a los indígenas, por ejemplo, en el momento en que alude al hecho de que «truxeron siete cabeças de mugeres entre chicas e grandes y tres niños» (p. 95). Por este motivo, Beatriz Pastor afirma que «dentro de él, la percepción y caracterización de la realidad americana como almacén de productos aprovechables para el mercado europeo culmina lógicamente en la percepción y caracterización del hombre americano como mercancía deshumanizada³⁷».

Sobre todo después del segundo viaje, por tanto, se lleva a cabo la transformación del indígena en mercancía y en esclavo, visión que se mantendrá hasta el final del cuarto viaje. Así pues, en el primer viaje ya es posible apreciar una idea temprana de la esclavitud cuando hace saber a su interlocutor que «son buenos para les mandar y les hazer trabajar y sembrar y hazer todo lo otro que fuere menester, y que hagan villas» (p. 132). Sin embargo, es a partir del segundo viaje cuando hay una mención explícita en este sentido, ya que se llega a concluir que son «gente tan fiera e dispuesta e bien

³⁶ TODOROV, Tzvetan, *Op. cit.*, p. 48.

³⁷ PASTOR, Beatriz, *Op. cit.*, p. 101.

proporcionada e de muy buen entendimiento, los cuales quitados de aquella inhumanidad creemos que serán mejores que otros ningunos esclavos» (p. 214).

En el caso concreto de las mujeres, cabe destacar que no ocupan un lugar destacado en las descripciones que realiza el almirante. En el primer viaje, únicamente se destaca su desnudez, su hermosura y su buena disposición física, como ocurría en el caso de los hombres. Sin embargo, en el discurso del cuarto viaje lleva a cabo una degradación de la figura femenina, ya que las vincula con la prostitución y con la brujería: «[...] Cuando llegué allí, luego me enviaron dos muchachas muy ataviadas. La más vieja no sería de once años y la otra de siete, ambas con tanta desentoladura, que no serían más unas putas. Traían polvos de hechizos escondidos [...]» (pp. 290-291).

De este modo, en Colón se pueden advertir dos formas de percepción del otro, según Todorov:

O bien piensa en los indios (aunque no utilice estos términos) como seres humanos completos, que tienen los mismos derechos que él, pero entonces no sólo los ve iguales, sino también idénticos, y esta conducta desemboca en el asimilacionismo, en la proyección de los propios valores en los demás. O bien parte de la diferencia, pero ésta se traduce inmediatamente en términos de superioridad e inferioridad (en su caso, evidentemente, los inferiores son los indios): se niega la existencia de una sustancia humana realmente otra, que pueda no ser un simple estado imperfecto de uno mismo. Estas dos figuras elementales de experiencia de la alteridad descansan ambas en el egocentrismo, en la identificación de los propios valores con los valores en general, del propio *yo* como universo; en la convicción de que el mundo es uno³⁸.

Por lo que respecta al otro, también es esencial tratar la cuestión de la evangelización en el Nuevo Mundo. Hay que tener en cuenta que, en aquella época, España se encontraba inmersa en un universo católico y que Colón se creía el elegido por Dios, por lo que recurre a mitologías de la Nueva Iglesia, llegando a describir a las gentes americanas como si estuvieran en un estadio previo a la cultura y al pecado cometido por Adán y Eva, por lo que cree, realmente, hallarse en un espacio idóneo para llevar a cabo la expansión del cristianismo.

Así, Colón manifestaba constantemente su opinión en este sentido y afirmaba que «ellos deven ser buenos servidores y de buen ingenio [...] que veo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían» (p. 63). De hecho, Todorov considera que la evangelización es el verdadero eje vertebrador de la conquista, es decir,

³⁸ TODOROV, Tzvetan, *Op. cit.*, p. 50.

«esta intención es la base del proyecto inicial de Colón, aun si la idea, al comienzo es un poco abstracta (ningún sacerdote acompaña a la primera expedición. Pero en cuanto ve a los indios, empieza a concretarse la intención³⁹». Sin embargo, según Beatriz Pastor este sería el segundo objetivo de la conquista, ya que «así como el código de identificación se articulaba en torno al primer objetivo declarado del proyecto colombino (el descubrimiento de las tierras del Asia oriental, ésta se articula sobre el segundo objetivo: la propagación de la fe cristiana⁴⁰». No obstante, es cierto que a lo largo de su discurso Colón «vuelve constantemente a la idea de que la conversión es la finalidad principal de esa expedición, y que espera que los reyes de España acepten a los indios como súbditos con todos los derechos⁴¹».

Finalmente, en este apartado se tratará el tema del lenguaje. Desde el primer viaje Colón afirma que «toda la lengua también es una» (p. 87) y que «tienen una habla la más dulce del mundo» (p. 151). De esta manera, nos presenta a los indígenas como personas que se entienden entre ellas, a pesar de la gran cantidad de islas y su dispersión, con el dominio de una única lengua. De hecho, como él tenía claras cuáles eran sus convicciones y qué era lo que esperaba encontrar en esas tierras remotas, hace creer a su interlocutor que hay una coincidencia entre lo que él ansia encontrar, por ejemplo, el Gran Kan u oro, y aquello que le contestan los indígenas cuando los interroga. Así, cuando la respuesta que le ofrecían no se correspondía con lo que quería oír, los acusaba de no saber pronunciar bien los lugares, entre otras cosas. De este modo, el mensaje del indígena acaba siendo manipulado, transformado y, finalmente, eliminado y, por consiguiente, Colón excluye la inserción de la historia contada por el otro. Todo esto conduce a Beatriz Pastor a concluir lo que reza a continuación:

Colón se concede, frente a los habitantes del Nuevo Mundo, el poder exclusivo de *crear* América, siguiendo las coordenadas establecidas por su modelo literario y presentando la ficción que resulta como fue e incuestionable descripción de la realidad del Nuevo Mundo.

El proceso de eliminación de la capacidad verbal de los indígenas que se da en el contexto del discurso colombino implica la eliminación de cualquier forma de pluralidad cultural⁴².

³⁹ *Ibíd*, p. 51

⁴⁰ PASTOR, Beatriz, *Op. cit.*, p. 99.

⁴¹ TODOROV, Tzevetan, *Op. cit.*, p. 51.

⁴² PASTOR, Beatriz, *Op. cit.*, p. 80.

Así pues, en la descripción de ese nuevo lugar también empieza a figurarse una imagen del otro; sin embargo, la actitud de Colón con los indígenas se caracteriza por la distancia con la alteridad, esto es, en el discurso colombino predomina una caracterización llevada a cabo mediante la diferenciación y no por la asimilación. No llama la atención, por tanto, que en el *Diario* el otro adquiera un papel predominante, ya que al inaugurarse un referente como el del Nuevo Mundo es esperable que todo aquello que nace del encuentro entre dos culturas acabe atravesado por la mirada del otro y que esto conduzca a una transformación retórica que esté presente a lo largo de todo el relato.

Con todo, es posible hablar de un proceso de transculturación mediante el que es factible definir el encuentro entre dos culturas tan diferentes y en el que ambas quedan afectadas en mayor o menor medida. No obstante, también parece lícito poder hablar de un proceso de aculturación, ya que la actitud del conquistador, caracterizada por una cierta ceguera cultural, va promoviendo que la cultura con la que se encuentra vaya perdiendo rasgos de su identidad al intentar someterla política y religiosamente.

Por todo, Todorov concluye sosteniendo la idea de que «Colón ha descubierto América, pero no a los americanos. Toda la historia del descubrimiento de América, primer episodio de la conquista, lleva la marca de esta ambigüedad: la alteridad humana se revela y se niega a la vez⁴³».

3.5.- Mitos y leyendas

América también se convirtió en el espacio de lo desconocido, por lo que se piensa y se ficcionaliza desde la fábula del exotismo, así, la realidad americana será el lugar de las leyendas. Se produce, por tanto, un encuentro con algo inesperado, ya que la Biblia no daba cuenta de la existencia de ese continente; de este modo, Colón tuvo que recurrir a otros recursos para darle una explicación. Como afirma Mercedes Serna, pues:

La percepción de América se basa en la adopción de antiguos mitos de origen clásico, asiático, medieval; también de los mitos precolombinos o indígenas. [...] Los cronistas del Nuevo Mundo se sirvieron de textos clásicos para encontrar referentes directos que explicaran el descubrimiento. Apoyándose en el concepto de *auctoritas* de los escritores grecolatinos, así como en la Biblia y la Patrística pagana y cristiana, buscaron

⁴³ TODOROV, Tzvetan, *Op. cit.*, p. 57.

confirmación del nuevo suceso, confundiendo las fronteras entre realidad e imaginación⁴⁴.

Así pues, lo primero que puede destacarse en este sentido es la obsesión de Colón por encontrar toda una serie de regiones míticas. Es posible, por tanto, hallar referencias a las tierras de Tarsis y Ofir en relación con una determinada región de La Española; del mismo modo que sucede con la región asiática de Cipango, también identificada con La Española. Esto se debe, en parte, a que el Gran Kan era el gran referente en los viajes de Marco Polo y, por consiguiente, éste pasará a ser el referente también del Nuevo Mundo, pues ya en la entrada del 28 de octubre, Colón interpretó que los indígenas que había hecho cautivos para que ejercieran la función de intérpretes habían hecho alusión al Gran Kan de China: «Y entendía el Almirante que allí venían naos del Gran Can y grandes, y que de allí a tierra firme avía jornada de diez días» (p. 83).

En el tercer viaje lleva a cabo una identificación entre las islas de la costa venezolana con unas islas asiáticas descritas por Pierre D'Ailly, quien afirmaba que el Paraíso Terrenal se encontraba en un región templada más allá del ecuador. Así, el almirante lo sitúa entre las costas de Venezuela y el golfo de Paria⁴⁵. Para justificar el descubrimiento del Paraíso Terrenal, Colón no duda en aludir a toda una serie de autoridades que refuercen su tesis. Sin embargo, este hecho hace sospechar a Juan Gil lo siguiente:

[...] Atenta contra toda razón el aluvión de autores citados (San Isidro, Beda, Estrabón, Pedro Coméstor, San Ambrosio, Escoto «y todos los sacros theólogos»), pues salta a la vista que Colón no dispone de ellos en el barco, a no ser que lleve preparada su artillería erudita para dispararla a las primeras de cambio, es decir, que vaya dispuesto a sentir los efluvios embriagadores del Paraíso con independencia de encontrar o no un mar de agua dulce, partiendo de España con ideas fijas y preconcebidas [...]»⁴⁶.

Finalmente, es posible hallar a lo largo de los escritos de los cuatro viajes menciones a una serie de seres extraños, monstruosos y fantásticos. En este sentido, «Colón encontró en Plinio, según cuenta Bartolomé de Las Casas en su *Historia de las Indias*, monstruos, grifos, sirenas, calamares gigantescos, escolopendras marinas enormes, gorgonas cubiertas de escamas, con diente de cerdo y alas de pájaro. Es decir, lo que necesita todo

⁴⁴ SERNA, Mercedes, *Op. cit.*, p. 17.

⁴⁵ Véase anexo 4.

⁴⁶ GIL, Juan (1989): *Mitos y utopías del Descubrimiento. I. Colón y su tiempo*, Madrid: Alianza. p. 138.

viaje épico⁴⁷». No obstante, además de las distintas autoridades en las que el conquistador crea su modelo imaginativo, también hay que añadir la tradición popular, en la que es posible encontrar todo un repertorio de seres mitológicos y fantásticos. Así, «llegado el momento inexorable de confeccionar el catálogo de endriagos, seleccionó los más humanos, sí, pero también los más representativos⁴⁸».

De esta manera, los primeros seres fantásticos a los que hace alusión son hombres con un solo ojo y hombres que comen carne humana, esto es, caníbales. Así, en su primer viaje, concretamente el 4 de noviembre escribe: «entendió también que lexos de allí avía hombres de un ojo y otros con hoçicos de perros que comían los hombres, y que en tomando uno lo degollavan y le bevían la sangre y le cortavan su natura» (p. 89); y el 23 de noviembre vuelve a hacer referencia al mismo tipo de seres: «aquellos indios que llevava llamavan Bohío, la cual dezían que era muy grande y que avia en ella gente que tenía un ojo en la frente, y otros que se llamavan caníbales» (p. 103). No obstante, la alusión a los caníbales también está presente en el discurso del tercer viaje, por ejemplo, cuando afirma que determinó «andar a las islas de los caníbales» (p. 230).

Por otra parte, los días 6 y 15 de noviembre, cuando hace referencia a la isla que nombró Matininó, se introduce la imagen de las amazonas: «También diz el Almirante que allí, hazía el Leste, avía una isla adonde no avía sino solas mujeres» (p. 165). Según Juan Gil:

Esta isla mujeril volvió a ser tema de conversación en 1493, el segundo viaje, según sabemos por Pedro Mártir, que se extiende en curiosos detalles sobre su guarida subterránea. [...] También en 1496, al regresar a la Península, tornó el almirante a pensar en amazonas cuando en la Guadalupe un grupo de mujeres se presentó en la playa con aire amenazador a medirse en lucha desigual con los españoles⁴⁹.

Además, el mito de las amazonas resulta interesante ya que permitió a Irving A. Leonard, que llevó a cabo un análisis de las lecturas que sirvieron a los conquistadores para escribir sobre lo americano y ficcionalizar sobre ello, establecer una conexión entre éstos y la narrativa popular:

Al sugerir que la aparición de las Amazonas en la novela caballeresca *Sergas de Espladián*, de Garci Rodríguez de Montalvo, se inspiró en una mención de Colón en su "carta del descubrimiento", a su vez estimulada por un episodio de Marco Polo. [...]

⁴⁷ SERNA, Mercedes, *Op. cit.*, p. 34.

⁴⁸ GIL, Juan, *Op. cit.*, p. 29.

⁴⁹ *Ibíd*, p. 34.

Leonard afirma que, para los conquistadores, el leer (u oír) las novelas de caballerías tenía en ellos un efecto hipnótico, sumado al «delirio» de la conquista⁵⁰.

Unos de los seres que más impactó al almirante, por no ajustarse a la idea preconcebida que tenía de ellos, fueron las sirenas. Así pues, en vez de describirlas destacando la supuesta hermosura que deberían de poseer, las retrata el 9 de enero haciendo mención a todos los rasgos negativos que las convertía en seres monstruosos: «el día pasado, cuando el Almirante iba al río del Oro, dixo que vido tres serenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara; dixo que otras vezes vido algunas en Guinea en la Costa Manegüeta» (pp. 167-168).

Finalmente, no podía faltar en esta especie de bestiario la referencia a hombres con cola, que se parecían a un «gato paúl». Así, en el cuarto viaje los describe de la siguiente manera: «Un balletero avía herido una animalia, que se parece a un gato paúl, salvo que es mucho más grande y el rostro de hombre; tenía le atravesado con una saeta desde los pechos a la cola, y porque era feroz le uvo de cortar un braço y una pierna» (p. 291).

De este modo, como se ha podido comprobar y siguiendo las palabras de Juan Gil en este sentido:

Los monstruos hallados por el almirante distaban mucho de tener un toque de distinción o de novedad [...]; por consiguiente, el desengaño colombino estaba más que justificado, dado que topar con monstruos de ese jaez no entrañaba mayor mérito, no constituía una singular hazaña que aureolase el prestigio del capitán general y virrey de las Indias del mar Océano⁵¹.

Así pues, Colón, influido por lecturas fantásticas y por la tradición oral y popular, proyecta su imaginación sobre la realidad del Nuevo Mundo, dando lugar a una crónica cargada de fábulas que reafirman constantemente mitos y leyendas, de forma independiente al éxito o al fracaso de su expedición, y que a su vez introducen toda una serie de seres que acaban constituyendo formas máximas de alteridad. Como afirma Mercedes Serna: «las crónicas mezclan fuentes disímiles, son historia y épica, realidad y ficción, rigor e imaginación, naturaleza y civilización. Se elaboran integrando leyendas, cuentos, mitos, creencias de la Antigüedad⁵²».

⁵⁰ ADORNO, Rolena, «Introducción» de Irving A. Leonard (2006): *Los libros del conquistador*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 27-28.

⁵¹ GIL, Juan, *Op. cit.*, p. 42.

⁵² SERNA, Mercedes, *Op. cit.*, p. 62.

4.- CONCLUSIONES

A lo largo del trabajo, se ha podido comprobar que, efectivamente, Cristóbal Colón no lleva a cabo una descripción objetiva de la realidad americana en ninguno de sus cuatro viajes, sino que realiza una ficcionalización sistemática de los diferentes aspectos que conforman el Nuevo Mundo.

Así pues, es posible advertir a lo largo del discurso colombino una visión cambiante del otro y de la naturaleza, en primer lugar, asimilándola a formas occidentales y, en segundo lugar, resaltando los aspectos negativos y monstruosos de esa realidad a medida que se va encontrando con hostilidades. En este sentido, también debe destacarse el hecho de que no sólo se aprecia una evolución en la percepción de los elementos naturales y de los indígenas, sino que el propio almirante padece una evolución psicológica. De este modo, es cierto que en los escritos de Colón está presente tanto el «discurso mitificador» como el «discurso del fracaso».

Por lo que respecta a la figura del conquistador, pues, se observa una evolución en el tono y en la actitud, puesto que en el primer viaje se autorretrata como un hombre triunfador, protegido y elegido por Dios y que considera que está llevando a cabo una de las grandes hazañas de Occidente; sin embargo, a lo largo de los tres últimos viajes el tono se torna pesimista, ambiguo y, finalmente, delirante. Por consiguiente, acaba mostrando una mentalidad medievalista alejada del espíritu renacentista, que lo conduce a ganarse el descrédito de su interlocutor.

En la naturaleza, también es posible hallar una evolución. De esta manera, en un primer momento Colón destaca todos los elementos exóticos, exuberantes y paradisíacos que conforman la tierra, la fauna y la flora de la realidad americana, por lo que recurre a elementos tópicos del *locus amoenus*; el almirante creía que se encontraba realmente en el Paraíso.

Además, como afirma Beatriz Pastor, llevará a cabo una identificación positiva de los elementos:

La identificación positiva del Nuevo Mundo con el modelo imaginario colombino de las tierras e islas del extremo oriental de Asia cumple dos funciones fundamentales: la primera es de índole personal, ya que esta identificación validaba las teorías cosmográficas de Colón, demostraba la exactitud de su proyecto y de los cálculos e ideas en que se apoyaba, y confirmaba ante los ojos del propio Colón su condición de elegido de Dios. La segunda es de orden económico, ya que esa identificación positiva

justificaba la empresa en términos económicos, consagrando el prestigio del Almirante ante sus inversores⁵³.

Sin embargo, a medida que se va encontrando con adversidades y va adquiriendo conciencia de que aquello que le rodea no se corresponde con lo que está buscando se introduce la imagen del *locus eremus*, por lo que la naturaleza se presenta como un elemento bárbaro, hostil y destructor.

Lo mismo sucede con la imagen del otro y con las relaciones de alteridad que se aprecian en su discurso: en un primer momento, se retrata al buen salvaje, un ser dócil e indefenso que no ha sido corrompido por los vicios de la civilización, pero a medida que va avanzando en su expedición se va distanciando y diferenciando cada vez más de la alteridad, y describe al otro como un ser inhumano cuya función es ser esclavo.

De esta manera, no tiene en cuenta al otro, ni siquiera respeta la lengua de los indígenas, ya que interpreta sus mensajes para ajustarlos a su modelo imaginario y, por consiguiente, acaba borrando el mensaje del otro.

Finalmente, por lo que respecta a la presencia de mitos y leyendas en sus escritos, debe destacarse el hecho de que los seres extraños que cree ver en el Nuevo Mundo son siempre de carácter antropomórfico, esto es, no describe, por ejemplo, animales fantásticos o monstruosos. Además, son seres que cuentan con una larga tradición literaria y popular, por lo que no aporta ninguna novedad en este sentido, del mismo modo que ocurre con las regiones míticas que busca o describe, ya que las tierras asiáticas o el Paraíso Terrenal son espacios que ya habían sido descritos anteriormente por autores sobre los que se había informado.

Por todo, se puede concluir que, efectivamente, la ficcionalización del Nuevo Mundo en el *Diario* y en las relaciones y cartas de los otros viajes de Cristóbal Colón es algo complejo, por un lado, por el hecho de que los límites entre la historia y la ficción acaban confundiéndose en la mayoría de ocasiones y, por otro, por la clara evolución que se aprecia en el discurso de los aspectos temáticos analizados.

Por todos estos motivos, se inaugura el referente de América Latina construyéndola como figura utópica, como *tabula rasa* y, en definitiva, como espacio de realización de

⁵³ PASTOR, Beatriz, *Op. cit.*, p. 87.

sueños tanto personales como colectivos. De este modo, las Crónicas de Indias y, por tanto, el discurso colombino, son, tal y como afirma Mercedes Serna:

Una mezcla de autobiografía, testimonio ajeno, observación de la realidad y amor por las cosas, evangelización, sorpresa ante ritos y creencias, admiración por el heroísmo propio y por la conducta ajena. Nacen de la necesidad de contar lo insólito y lo nunca visto, de la disputa entre otros conquistadores, de la nostalgia del pasado, de la búsqueda de la fama, del honor, o la retribución esperada⁵⁴.

5.- BIBLIOGRAFÍA

COLÓN, Cristóbal (1986): *Los cuatro viajes. Testamento*, ed. de Consuelo Varela, Madrid: Alianza.

COLÓN, Cristóbal (2002): *Diario de a bordo*, Madrid: Arlanza.

DE LA FLOR, Fernando R. (2001): *Locus eremus*, Salamanca: Cuadernos para Lisa.

GIL, Juan (1989): *Mitos y utopías del Descubrimiento. I. Colón y su tiempo*, Madrid: Alianza.

LEONARD, Irving A. (2006): *Los libros del conquistador*, México: Fondo de Cultura Económica.

OVIEDO, José Miguel (2003): *Historia de la literatura hispanoamericana. I. De los orígenes a la Emancipación*, Madrid: Alianza.

PASTOR, Beatriz (1983): *Discurso narrativo de la conquista de América*, Ciudad de la Habana: Casa de las Américas.

POLO, Marco (1987): *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón*, ed. de Juan Gil, Madrid: Alianza.

SERNA, Mercedes (ed.) (2009): *Crónicas de Indias*, Madrid: Cátedra.

TODOROV, Tzvetan (1992): *La conquista de América. El problema del otro*, México: Siglo XXI.

⁵⁴ SERNA, Mercedes, *Op. cit.*, p. 56.

ANEXOS

Anexo 1 – Cristóbal Colón

Primer viaje

6 enero: [...] no sabía, dize el Almirante, de dónde le oviese venido las sobervias y deshonestidad que avía usado con él aquel viaje, las cuales quiso el Almirante dissimular, por no dar lugar a las malas obras de Sathanás, que deseava impedir aquel viaje, como hasta entonces avía hecho [...] (p. 164).

14 enero: [...] Pero no obstante, la mucha agua que las caravelas hazían, confía en Nuestro Señor que le truxo le tornará por su piedad y misericordia, que bien sabía su Alta Magestad cuánta controversia tuvo primero antes que se pudiese expedir de Castilla, que ninguno otro fue en su favor sino El, porque El sabía su corazón, y después de Dios, Sus Altezas, y todo lo demás le avía sido contrario sin razón alguna [...]. (p. 174).

14 marzo: [...] dize el Almirante, «que milagrosamente lo a mostrado[s], así como se puede comprehender por esta escriptura, por muchos milagros señalados que a mostrado en el viaje, y de mí, que a tanto tiempo qu'estoy en la Corte de Vuestras Altezas con oppósito y contra sentençia de tantas personas prinçipales de vuestra casa, los cuales todos eran contra mí, poniendo este hecho que era burla, el cual espero en Nuestro Señor que será la mayor honra de la Cristiandad que así ligeramente aya jamás apareçido» (p. 203).

Segundo viaje

[...] Pero confiado en la misericordia de Dios, que en todo e por todo nos ha guiado fasta aquí [...] (p. 208).

Item diréis a Sus Altesas, como dicho es, que las causas de la dolencia tan general de todos es de mudamiento de aguas e aires, porque veemos que a todos arreo se estiende e peligran poco [...] (p. 209).

Tercer viaje

[...] La Sancta Trinidad movió a Vuestras Altezas a esta empresa de las Indias y por su infinita bondad hizo a mí mensajero d'ello, al qual vine con el embaxada a su real conspetu movido como a los más altos Prínçipes de cristianos y que tanto se exerçitavan en la fe y acreçentamiento d'ella. [...] Puse en esto seis o siete años de grave pena, amostrando lo mejor que yo sabía, cuánto servicio se podía hazer a Nuestro Señor en esto, en divulgar su sancto nombre y fe a tantos pueblos, lo qual todo era cosa de tanta exçelencia y buena fama y gran memoria para grandes Prínçipes. [...] Nació allí mal dezir y menosprecio de la empresa començada en ello [...] (pp. 225-226).

Partí en nombre de la Santíssima Trinidad, miércoles treinta de mayo, de la villa de Sanlúcar, bien fatigado de mi viaje, que, adonde esperaba descanso cuando yo partí d'estas Indias, se me dobló la pena [...] (p. 228).

[...] venía rugiendo con muy grande estrépito, con aquella furia de aquel rugir que de los otros hileros que yo dixé que me parecían ondas de mar que davan en peñas, que oy en día tengo el miedo en el cuerpo que no me trabucasen la nao cuando llegasen debaxo d'ella. [...] (p. 232).

[...] Allegado a estar en derecho con el paralelo que passa por la Sierra Leoa en Guinea, fallé tan grande ardor y los rayos del sol tan calientes, que pensava de quemar, y bien que lloviese y el cielo fuese muy turbado, siempre estava yo en esta fatiga[...] (p. 237).

[...] Aquí andava el Almirante muy malo de los ojos, de no dormir, porque siempre, como andava entre tantos peligros [...] se le cubrieron los ojos de sangre [...] (pp. 271-272).

[...] «plega a Nuestro Señor de me librar d'ellos» (de los ojos, dize) «que bien sabe que yo no llevo estas fatigas para athesorar ni fallar thesoros para mí, que, çierto, yo cognozco que todo es vano quanto acá en este siglo se haze, salvo aquello que es honrra y serviçio de Dios, lo cual no es de ayuntar riquezas ni sobervias, ni otras cosas muchas que usamos en este mundo, en las cuales más estamos inclinados que a las cosas que nos pueden salvar» (p. 274).

Cuarto viaje

[...] Yo avía adolesçido y llegado fartas vezes a la muerte [...]. Y era Don Diego, mi hijo, que yo dexé en España tan huérfano y despossessionado de mi honra e hazienda [...] (p. 281).

[...] No me dexó la tormenta ir al camino que yo quería; fue por fuerza correr adonde el viento quiso. En ese día caí yo muy enfermo[...] (p. 289).

Cuando yo descubrí las Indias, dixe que eran el mayor señorío rico que ay en el mundo. Yo dixe del oro, perlas, piedras preciosas, espeçerías, con los tratos y ferias, y porque no pareçió todo tan presto fui escandalizado. Este castigo me hace agora que no diga salvo lo que yo oigo de los naturales de la tierra [...] (p. 292).

[...] fui preso y echado con dos hermanos en un navío, cargado[s] de fierros, desnudo en cuerpo, con muy mal tratamiento, sin ser llamado ni bençido por justicia. [...] Yo vine a servir de veinteochó años, y agora no tengo cavello en mi persona que no sea cano y el cuerpo enfermo y gastado quanto me quedó de aquellos, y me fue tomado y bendido y a mis hermanos fasta el sayo, sin ser oído ni visto, con gran deshonor mío. Es de creer que esto no se hizo por su real mandado. La restitución de mi honra y daños y el castigo en quien lo fizo fará sonar su real nobleça, y otro tanto en quein me robó las perlas y de quien ha fecho daño en ese Almirantado. [...] La intencion tan sana que yo siempre tuve al serviçio de Vuestras Altezas y [a] la afrenta tan desigual no da lugar al ánima que calle, bien que yo quiera. Suplico a Vuestras Altezas me perdonen. Yo estoy tan perdido como dixe. Yo he llorado fasta aquí a otros. Aya missericordia agora el cielo y llore por mí la tierra. [...] aislado en esta pena, enfermo, aguardando cadía día por la muerte y cercado de un cuento de salvajes y llenos de crueldad y enemigos nuestros, y tan apartado de los Sanctos Sacramentos de la Sancta Iglesia, que se olvidará d'esta ánima si se aparta acá del cuerpo. [...] Yo no vine a este viaje a navegar por ganar honra ni hazienda: esto es çierto, porque estava ya la esperança de todo en ello muerta. Yo vine a Vuestras Altezas con sana intencion y buen celo, y no miento. Suplico umildemente a Vuestras Altezas que, si a Dios plaçe de me sacar de aquí, que aya<n> por bien mi ida a Roma y otras romerías. Cuya vida y alto estado la Sancta Trinidad guarde y acreciente. (pp. 295-296).

Anexo 2 – La naturaleza

Primer viaje

16 de octubre: [...] Ella es isla muy verde y llana y fertilíssima, y no pongo duda que todo el año siembran panizo y cogen, y así todas otras cosas. Y vide muchos árboles muy diformes de los nuestros, d'ellos muchos que tenían los ramos de muchas maneras y todo en un pie, y un ramito es de una manera y otro de otra; y tan disforme, que es la mayor maravilla del mundo cuánta es la diversidad de la una manera a la otra [...] (p. 70).

17 de octubre: [...] aquellos árboles, que eran la cosa más fermosa de ver que otra que se aya visto, veyendo tanta verdura en tanto grado como en el mes de Mayo en Andalucía, y los árboles todos están tan disformes de los nuestros como el día de la noche, y así las frutas y así las yervas y las piedras y todas las cosas. Verdad es que algunos árboles eran de la naturaleza de otros que ay en Castilla; porende avía muy gran diferençia, y los otros árboles de otras maneras eran tantos que no hay persona que lo pueda dezir ni asemejar a otros de Castilla [...] (p. 72).

3 de noviembre: [...] y no pudo ver nada por las grandes arboledas, las cuales muy frescas, odoríferas, por lo cual dize no tener duda que no aya yerbas aromáticas. Dize que todo era tan hermoso lo que vía, que no podía cansar los ojos de ver tanta lindeza y los cantos de las aves y paxaritos [...] (p. 88).

13 de diciembre: [...] Estavan todos los árboles verdes y llenos de fruta, y las yervas todas floridas y muy altas; los caminos muy anchos y buenos; los aires eran como en Abril en Castilla; cantava el ruiseñor y otros paxaritos como en el dicho mes en España, que dizen que era la myor dulçura del mundo; las noches cantavan algunos paxaritos suavemente, los grillos y ranas se oían muchas; los pescados como en España [...] (p. 127).

Segundo viaje

[...] tenían tan pocas bestias e tan magras e flacas, que poco es lo que pudieron fazer; con todo alguna cosa han sembrado, más para probar la tierra, que parece muy maravillosa, para que de allí se pueda esperar remedio alguno a nuestras necesidades. Somos bien ciertos, como la obra lo muestra, que en esta tierra así el trigo como el vino nacen muy bien, pero hase d'esperar el fruto [...] porque es cierto que la fermosura de la tierra d'estas islas, así de montes e sierras e aguas como de vegas, donde ay ríos cabdales, es tal a la vista, que ninguna otra tierra que sol escaliente puede ser mejor al parecer ni tan fermosa (p. 210).

Tercer viaje

Siguiendo, pues, su camino el Almirante, llegó a las islas de Cabo Verde, las cuales, según él dize, tienen falso nombre, porque nunca vido cosa alguna verde, sino todas secas y estériles [...] (p. 250).

[...] nunca vido el sol ni las estrellas, sino los cielos cubiertos de tan espesa ñeblina, que parecía que la podían cortar con cochillo, y calor intensíssimo que los angustiava [...] (p. 252).

[...] le desmamparó el viento, y entró en tanto calor y ardor, y tan vehemente, que temió que los navíos se le encendieran y la gente pereciera. Fué todo tan de golpe y súbito cessar el viento y sobrevenir el calor excessivo y desordenando, que no avía persona que osasse assomar a entrar abaxo de cubierta, para remediar la vasija del vino y del agua, que se le rebentava, tompiéndose los aros de las pipas; el trigo ardía como huego; los tocinos y carne salada se assavan y podrecían. Duróle aqueste ardor y huego ocho días. El primero fue claro, con sol que los assava; proveyóle Dios con menor daño, porque los siete siguientes llovió y hizo ñublado; pero, con todo esto, no hallavan remedio para que esperassen que no avían de perecer de quemados [...] Y así fueron divinalmente socorridos con lloverles algunos aguaçeros y hazer aquellos días ñublados. Determinó de que, si Dios le diese viento para salir de aquell angustia, correr al poniente algunos días, y después que se viese en alguna templança, tornar a su austro, que era el camino que proeseguir deseaba. «Nuestro Señor», dize él, «me guíe y dé graçia, que yo le sirva, y a Vuestras Altezas traiga nuevas de plazer» [...] (p. 253).

Cuarto viaje

[...] La tormenta y gran corriente me entró allí catorce días, y después partí y no con buen tiempo. Cuando yo uve andado quince leguas, forzosamente me reposó atrás el viento y corriente con furia. Volviendo yo al puerto donde avía salido, fallé en el camino al Retrete, adonde me retruxe con harto peligro y enojo y bien fatigado yo y los navíos y la gente. [...] Y llegado con cuatro leguas, revino la tormenta y me fatigó tanto atanto que ya no sabía de mi parte. Allí se me refrescó del mal la llaga. Nueve días anduve perdido sin esperança de vida. Ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma. El viento no era para ti adelante ni dava lugar para correr haçia algún cabo. Allí me detenía en aquella mar fecha sangre, herviendo como caldera por gran fuego. El cielo jamás fue visto tan espantoso. Un día con la noche ardió como forno, y assí echava llama con los rayos, que cada vez mirava yo si me havía llevado los másteles y velas. Venían con tanta furia y espantables, que todos creíamos que me avían de fundir los navíos. En todo este tiempo jamás cessó agua del cielo, y no para dezir que llovía, salvo que resegunava otro diluvio. La gente estava ya tan molida, que desseavan la muerte para salir de tantos martirios [...] (pp. 284-285).

Anexo 3 – El otro

Primer viaje

11 de octubre: [...] En fin, todo tomavan y daban de aquello que tenían de buena voluntad, mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mugeres [...] y todos los que yo vi eran todos mançebos, que ninguno vide de edad de más de XXX años, muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras [...]. Ellos no traen armas ni las cognosçen [...]. Ellos deven ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dizen todo lo que les dezía. Y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían [...] (pp. 62-63).

14 octubre: [...] esta gente es muy símplice en armas, como verán Vuestras Altezas de siete que yo hize tomar para le llevar y deprender nuestra fabla y bolvellos, salvo que Vuestras Altezas cuando mandaren puédenlos todos llevar a Castilla o tenellos en la misma isla captivos [...] (pp. 65-66).

16 octubre: [...] No le cognozco secta ninguna y creo que muy presto se tornarían cristianos, porque ellos son de muy buen entender [...] (p. 71).

1 noviembre: [...] Toda la lengua también es una y todos amigos, y creo que sean todas esta islas, y que tengan guerra con el Gran Chan, a que ellos llaman Cavila y a la población Bafan [...] (p. 87).

4 noviembre: [...] Esta gente es muy mansa y muy temerosa, desnuda como dicho tengo, sin armas y sin ley [...] (p. 89).

27 noviembre: [...] Y después se sabrán los benefiçios y se trabajará de hazer todos estos pueblos cristianos, porque de ligero se hará, porque ellos no tienen secta ninguna ni son idólatras [...] (p. 110).

12 diciembre: [...] Los marineros que iban en la barca, cuando la llevavan a tierra, dixeron al Almirante que ya no quisiera salir de la nao, sino quedarse con las otras mugeres indias que avía hecho tomar en el Puerto de Mares de la isla Juana de Cuba [...] (p. 125).

16 diciembre: [...] «son la mejor gente del mundo y más mansa y sobre todo», dize, «que tengo mucha esperança en Nuestro Señor que Vuestras Altezas los harán todos cristianos, y serán todos suyos, que por suyos los tengo». [...] Ellos no tienen armas, y son todos desnudos y de ningún ingenio en las armas y muy cobardes, que mill no aguardarían tres, y así son buenos para les mandar y les hazer trabajar y sembrar y hazer todod lo otro que fuere menester, y que hagan villas y se enseñen a andar vestidos y a nuestras costumbres (pp. 130-132).

25 diciembre: [...] «son gente de amor y sin cudiçia y convenibles para toda cosa, que certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no ay mejor gente ni mejor tierra. Ellos aman a sus próximos como a sí mismos, y tienen una habla la más dulce del mundo, y mansa y siempre con risa. Ellos andan desnudos, hombres y mugeres, como sus madres los parieron, mas crean Vuestras Altezas que entre sí tienen costumbres muy buenas, y el rey muy maravilloso estado, de una cierta manera tan continente qu'es plazer de verlo todo, y la memoria que tienen, y todo quieren ver, y preguntan qué es y para qué» (p. 151).

13 de enero: [...] y hallaron ciertos hombres con arcos y flechas, con los cuales se pararon a hablar, y les compraron dos arcos y muchas flechas y rogaron a uno d'ellos

que fuese a hablar al Almirante a la caravela y vino. El cual diz que era muy disforme en el acatadura más que otros que oviese visto [...] (p. 171).

Segundo viaje

[...] como quier que estos indios se ayan mostrado a los descubridores e se muestran cada día muy simples e sin malicia, con todo, porque cada día vinene acá entre nosotros, nos pareció que fuera buen consejo meter a riesgo e a ventura de perderse esta gente e los mantenimientos, lo que un indio con un tizón podría fazer poniendo fuego a las choças, porque de noche e de día siempre van e vienen, e a causa d'ellos tenemos guardas [...] (p. 207).

[...] a cabsa que acá non ay lengua por medio de la cual a esta gente se pueda dar a entender nuestra fe, como Sus Altesas desean e aun los que acá estamos, como quier que se trabajará quanto pudieren, se enbía de presente con estos navíos así de los caníbales, ombres e mujeres e niños e niñas, los cuales sus Altesas pueden mandar poner en poder de personas con quien puedan mejor aprender la lengua [...] parecerá acá que tomar d'ellos e d'ellas e enviarlos allá en Castilla no sería sino bien, porque quitarse ían una ves de aquella inhumana costumbre que tienen de comer ombres, e allá en Castilla, entendiendo la lengua, muy más presto rescibirán el bautismo e farán el provecho de sus almas, e a aun entre estos pueblos que non son de estas costumbres se ganaría gran crédito por nosotros, viendo que aquellos prendiésemos e captivásemos de quien ellos sueles rescibir daños e tienen tamaño miedo que del nombre sólo se espantan (pp. 212-213).

Tercer viaje

[...] El día siguiente vino de hazia Oriente una grande canoa con veinte y cuatro hombres, todos mançebos e muy ataviados de armas, arcos y flechas y tablachinas [...] Y luego que vieron tañer y dançar, todos dexaron los remos y echaron mano a los arcos y los encordaron, y enbraçó cada uno su tablachina y començaron a tirarnos flechas [...] (pp. 230-231).

Cuarto viaje

[...] Y bien sabía que no avía de durar la concordia; ellos muy rústicos y nuestra gente muy importunos, y me aposeionava en su término. Después que él vido las casas fechas y el tráfigo tan vivo, acordó de las quemar y matarnos a todos. Muy al revés salió su propósito: quedó preso él, mujeres y hijos y criados [...] (p. 286).

Anexo 4 – Mitos y leyendas

Tercer viaje

[...] porque creo que allí es el Paraíso Terrenal, adonde no puede llegar nadie salvo por voluntad divina. Y creo qu'esta tierra que agora mandaron descubrir Vuestras Altezas sea grandíssima y aya otras muchas en el Austro, de que jamás ovo notiçia. Yo no tomo qu'el Paraíso Terrenal sea en forma de montaña áspera, como el escrevir d'ello nos amuestra, salvo qu'él sea en el colmo, allí donde dixen la figura del peçón de la pera, y que poco a poco andando hazia allí desde muy lexos se va subiendo a él, y creo que nadie no podría llegar al colmo, como yo dixen, y creo que pueda salir de allí esa agua, bien que sea lexos y venga a parar allí donde yo vengo, y faga este lago. Grandes indiçios son estos del Paraíso Terrenal, porqu'el sitio es conforme a la opinión d'estos sanctos e sacros theólogos [...] (p. 242).